Marcelo Casals y Mariana Perry (coordinadores),
Un golpe global. La experiencia autoritaria chilena en el mundo,
Santiago de Chile, LOM, 2025, 276 páginas

En el marco de la conmemoración de los cincuenta años del golpe de Estado en Chile, *Un golpe global*, editado por Marcelo Casals y Mariana Perry, cuestiona dos tendencias dominantes en los estudios sobre el período: el enfoque de la excepcionalidad, que acentúa los rasgos únicos del caso chileno, y la narrativa de una Guerra Fría bipolar que suele reducir los relatos regionales a hitos aislados. La apuesta por editar esta obra en castellano y en una editorial local responde a lo que Casals define como una urgencia de "justicia intelectual".[1] El predominio de la historiografía angloparlante ha fomentado una tendencia en los centros metropolitanos al enfocar el análisis en la acción de las superpotencias y a romantizar la región como un espacio de actores pasivos. Publicar bajo el sello LOM es reclamar el derecho a leer lo global desde América Latina.

Los editores proponen que los "1970 chilenos" fueron un epicentro sísmico que reconfiguró identidades y prácticas políticas en múltiples geografías. Este decenio se define en el volumen como el período más intenso y transformador de la centuria; inició con la esperanza de un proyecto democrático, revolucionario y socialista, y culminó con la imposición de una Constitución autoritaria y neoliberal de carácter refundacional. Para los compiladores, esos años sintonizaron con la fractura de los consensos mundiales de posguerra. En dicho escenario, el quiebre de 1973 surge como el hito de mayor proyección internacional de la vida contemporánea del país, y a la vez convirtió a Chile en un símbolo polisémico que reconfiguró lenguajes en latitudes diversas. Sin embargo, la ambición de este relato global exige una precisión conceptual que el volumen no siempre explicita; por ello, conviene desglosar las categorías metodológicas que nos servirán de baremo para evaluar la cohesión de la obra.[2]

Es preciso trazar una cartografía de los enfoques que se han utilizado para pensar lo global y que permite distinguir entre cuatro operaciones: la historia global comparada, entendida como el análisis entre unidades sociales diversas, como hiciera Marc Bloch;[3] la historia transnacional, enfocada en los movimientos, redes y flujos que atraviesan fronteras nacionales mediante actores no estatales, como lo propone Akira Iriye;[4] la historia de procesos globales, aquella que analiza fuerzas sistémicas y transformaciones a gran escala, al modo de C. A. Bayly;[5] y la historia de los sistemas-mundo, que explica las tensiones estructurales entre centro, semiperiferia y periferia, tal como plantea Immanuel Wallerstein.[6] Al poner en diálogo estas categorías con el volumen de Casals y Perry, surge la duda de si la obra logra establecer un marco metodológico común.

Este interrogante sobre la cohesión del volumen encuentra una primera respuesta al observar cómo los autores aterrizan dichas categorías en el análisis de trayectorias nacionales específicas. El texto de Eugenia Palieraki, con una clara utilización de la historia comparada, emplea la metáfora

[1] Marcelo Casals, "Which borders have not yet been crossed? A supplement to Gilbert Joseph's historiographical balance of the Latin American Cold War", *Cold War History*, vol. 20, nº 3, julio de 2020.

[2] Diego Olstein, *Pensar la historia globalmente*, México, Fondo de Cultura Económica, 2019.

[3] Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.

[4] Akira Iriye, *Global and Transnational History. The Past, Present, and Future*, Londres, Palgrave Macmillan, 2013.

[5] Cristopher Alan Bayly, *El nacimiento del mundo moderno. 1780-1914*, Madrid, Siglo XXI, 2010.

[6] Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo-europea en el siglo xvi*, México, Siglo XXI, 1984.

del espejo para demostrar que Chile fue un "lenguaje disponible" para hablar de realidades propias. Al analizar el impacto de Chile en Grecia durante la dictadura de los coroneles y la *Metapolitefsi*, Palieraki demuestra que la relación fue de reflejo. Los griegos utilizaron los eventos chilenos para criticar su propia dictadura, extrayendo lecciones sobre la necesidad de moderar las expectativas democráticas para evitar un desplome similar al de la Unidad Popular. De esta manera, la autora logra trascender el relato local al poner en diálogo las ideas de circulación y reflejo, permitiendo que la experiencia chilena funcione como una herramienta analítica para descifrar la realidad política griega.

Este uso de Chile como plataforma para la controversia local se repite en el estudio de Mariano Zarowsky sobre la industria editorial argentina. Zarowsky analiza cómo la prensa, los *magazines* y las editoriales en la Argentina de los años setenta convirtieron la experiencia socialista chilena en un ejemplo para descifrar su propia realidad política. A través de una sofisticada red transandina de intelectuales y periodistas, Chile dejó de ser un vecino para transformarse en un argumento de intervención política interna y una plataforma de controversia pública. El valor metodológico de este capítulo reside en que Zarowsky ejecuta una historia transnacional y se sirve de las herramientas de la historia comparada para establecer ese reflejo entre ambas naciones.

Desde la historia de los procesos globales, el aporte de Aldo Marchesi es fundamental para entender el cambio de paradigma ético de la centuria. Al inscribir el golpe de 1973 como catalizador de la "desmilitarización" de las izquierdas latinoamericanas, el autor demuestra cómo la brutalidad del terrorismo de Estado forzó un tránsito regional hacia los derechos humanos como nuevo foro de lucha. En este proceso, la defensa de la integridad física suplantó la reflexión sobre el orden revolucionario, marcando un giro irreversible en el imaginario político de la región. Metodológicamente, Marchesi trasciende el caso chileno al evidenciar cómo el fracaso de las tácticas armadas permitió a los organismos de derechos humanos suplantar los ejes centrales de la disputa política. Asimismo, se perciben ecos de la historia de los sistemas-mundo al observar cómo las periferias reconfiguraron sus lenguajes de resistencia para alinearse con un marco global de democratización liberal, transformando una derrota local en una reestructuración sistémica.

La historia transnacional se manifiesta con fuerza en el capítulo de Mariana Perry, quien examina cómo la Internacional Socialista (IS) utilizó la causa democrática chilena para desafiar la rigidez bipolar de la Guerra Fría. Perry documenta el tránsito de la IS desde un anticomunismo distante hacia un compromiso activo con el socialismo chileno, buscando expandir su influencia global durante la distensión. Metodológicamente, es una de las miradas más logradas del volumen al situar a Chile en una red de actores no estatales que operan sobre las fronteras nacionales. Al analizar el activismo de la IS, el texto dialoga con la historia de los sistemas-mundo: muestra cómo un conflicto en la periferia fue reapropiado por la semiperiferia y el centro para reconfigurar el equilibrio de poder. Así, Chile no es un mero objeto de estudio, sino el pivote que permitió a la socialdemocracia europea disputar la hegemonía de los bloques tradicionales.

Por otro lado, Jessica Stites Mor analiza la solidaridad entre México y Chile, conceptualizándola como un movimiento Sur-Sur que buscó alterar las estructuras tradicionales de poder. Stites Mor subraya que el éxito del asilo político mexicano fue el resultado de vínculos y comunidades organizadas que se habían tejido mucho antes de la experiencia de la Unidad Popular. Por su lado, Vanni Pettinà rescata la política exterior de Luis Echeverría como un "genuino internacionalismo tercermundista". El aporte de Pettinà es relevante en tanto logra complejizar la figura del mandatario mexicano, alejándose de la lectura historiográfica tradicional que suele reducir su gestión a una estrategia de contención autoritaria frente a la disidencia interna. Al situarlo como un actor con una ambición global propia, Pettinà permite entender la acogida al exilio chileno como un gesto humanitario y como una pieza clave de una política exterior que buscaba una alternativa al orden binario de la Guerra Fría. Sin embargo, a pesar de este esfuerzo por dotar de matices a los actores estatales, ambos autores se

sitúan en lo que podríamos considerar terrenos más explorados de la historiografía, y ambos corren el riesgo de defender una excepcionalidad mexicana.

Alessandro Santoni analiza el caso de Italia, donde la tragedia de la Unidad Popular fue el catalizador para que el Partido Comunista Italiano (PCI) de Enrico Berlinguer formulara el "compromiso histórico". Por su parte, Michal Zourek aborda la recepción en Checoslovaquia, examinando cómo el régimen socialista utilizó la figura de la dictadura chilena para legitimar su propio orden interno y movilizar una solidaridad oficialista dirigida desde el Estado. Desde el baremo de la historia transnacional, estos capítulos cumplen con identificar flujos de ideas y usos políticos del símbolo Chile, pero lo hacen desde lugares más comunes: ambos relatos se sienten más cercanos a una historia política tradicional. Al centrarse en actores institucionales y partidos políticos, la sensación de conexión estructural se debilita y deja la duda de si estos casos aportan realmente una nueva capa de comprensión al fenómeno global chileno o si solo reafirman narrativas preexistentes.

El epílogo de Tanya Harmer funciona como el cierre necesario para esta obra. Harmer concluye que la potencia de Chile como símbolo global radicó en su flexibilidad y maleabilidad. Chile operó como un caleidoscopio: fue una esperanza frustrada, una advertencia autoritaria, un experimento neoliberal y un laboratorio de derechos humanos, todo al mismo tiempo. Esta capacidad de ser apropiado por actores con agendas contradictorias fue lo que permitió conectar a poblaciones que, de otro modo, jamás habrían tenido contacto. Así, desde la óptica de la historia global, la reflexión de Harmer es valiosa, porque posiciona a Chile como un nodo generador de lenguajes políticos que reconfiguraron las tensiones entre el centro y la periferia. Al subrayar que el impacto del golpe fue, en muchos sentidos, más potente y duradero que la experiencia misma de la Unidad Popular, Harmer valida la tesis de los editores: el 11 de septiembre de 1973 no fue solo un quiebre nacional, sino un hito de proyección internacional que obligó al mundo a redefinir conceptos como democracia, solidaridad y derechos humanos. Este epílogo logra, en última instancia, darle una envoltura teórica a la diversidad de relatos del volumen, sugiriendo que la fragmentación de significados es, precisamente, la prueba de la dimensión global del evento.

La geografía de dicha globalidad conserva ciertos puntos ciegos. Se echa de menos un esfuerzo por incluir experiencias en África o en Asia, regiones que en los setenta estaban plenamente integradas en los procesos de descolonización y donde el símbolo de Allende tuvo resonancias. Asimismo, el volumen muestra una marcada inclinación hacia lo político-institucional, dejando en un segundo plano el impacto del golpe en expresiones como el cine, la literatura o el periodismo, vehículos que fueron esenciales para la construcción del Chile-símbolo a escala masiva.

Estas ausencias no deben leerse solo como una falta del texto, sino como una radiografía de nuestras propias tendencias historiográficas. Pese a esta heterogeneidad metodológica, la principal virtud de *Un golpe global* radica en demostrar que la experiencia autoritaria chilena fue un fenómeno de capacidad transformadora mundial. Al recentrar la agencia de los actores periféricos, Casals y Perry entregan una herramienta fundamental para entender que la Guerra Fría fue un campo de batalla donde países pequeños pudieron redefinir los términos de la política moderna. El volumen confirma así que el impacto global del 11 de septiembre de 1973 terminó siendo más potente, maleable y duradero que la propia experiencia de la Unidad Popular.

Andrea Torrealba Torre
Universidad Nacional
Autónoma de México